

## EL FRANCESC CANDEL QUE CONOCÍ

Por RAÚL ARANGO

Para Elodie Tonnerre, que  
también lo conoció

A Francesc Candel le gustaban las novelas largas y con muchos personajes, aunque no desdeñara las novelas cortas. Por eso leía y releía al Cervantes de Don Quijote, a Balzac, a Sterne, a Dickens, a Víctor Hugo, a Tolstói, a Dostoievski. Pero también a los clásicos contemporáneos: Faulkner, Proust, Musil, Pérez Galdós, Kafka, Chandler, Virginia Woolf. Incluso Carlo Emilio Gadda, el de *El zafarrancho aquel de Via Merulana*, pese a estar este en el extremo opuesto de sus intereses estilísticos. La prosa de sus libros, sin embargo, está emparentada con el Chéjov de los cuentos, con todo Baroja, con Maupassant, con el Erskine Caldwell de *El camino del tabaco*, con el Carlo Levi de *Cristo se detuvo en Éboli*, con el Giovanni Verga de *Los Malavoglia*, con el Josep María de Sagarra de *All i Salobre*, con el Mark Twain de *Huckleberry Finn* y *Tom Sawyer*. Es decir, la notación cordial pero vigilante y, por lo mismo, precisa en los detalles de sus cómplices, compasivas y a veces tragicómicas exploraciones de la realidad. Pero, en el fondo, lo que más le interesaba de los libros, no importa el género, propios o ajenos ( se lo oí repetir en muchas ocasiones ), era la coherencia, la sustanciación de un principio capital: la capacidad de justificar, formal y moralmente, cada una de las palabras que se escriben. Para él este principio – la probidad, la integridad, la coherencia- era innegociable. Lo que es más excepcional de lo que parece.

La primera vez que oí hablar de él fue a mediados de los sesenta, en Bogotá, Colombia. Yo colaboraba en la revista *Letras Nacionales*, que dirigía el escritor, médico, antropólogo y folclorista Manuel Zapata Olivella, ya fallecido. Un día, hablando de literatura española contemporánea, Zapata mencionó a Francesc Candel. Zapata ( su mujer, Rosa, era barcelonesa, y Edmundo Clavijo, mi suegro por aquel entonces y gracias al cual lo conocí, era uno de sus amigos íntimos ) había hecho amistad con él durante unos estudios de postgrado en Barcelona. Candel es uno de esos escritores –me dijo Zapata- sin los cuales no

se podría explicar, o se explicaría mal, la obra de los que el gusto literario, tan injusto a veces, considera los mejores de su época, es decir, Cela, Delibes, Aldecoa, Torrente Ballester, Ana María Matute, Martín Santos, Juan Benet.

Zapata había escrito una novela, *En Chimá nace un santo*, que era un anticipo de lo que pronto comenzaría a llamarse realismo mágico y del que *Cien años de soledad* iba a ser la obra emblemática. Por cierto, Zapata Olivella y García Márquez, aparte de ser costeños, o sea oriundos de la costa atlántica colombiana, eran amigos de toda la vida. Con él aprendí de viva voz –añadió- lo que es un escritor que trabaja con un mundo propio del cual forma parte inmediata, como hecho a la medida de su penetrante capacidad de observación, a diferencia de aquellos escritores que dependen más de su fantasía o su imaginación. Por eso sus libros son sólidos, próximos, convincentes, entrañables.

Al día siguiente me prestó *Los importantes: Élite*. Piensa – me dijo Zapata- que si en este libro cambias los nombres de los personajes por los de gente que conocemos o en todo caso colombianos, el *atrezzo* y los giros idiomáticos, podría haber sido escrito aquí. Aunque, eso sí, cargando las tintas para acentuar el provincianismo, la grotesca teatralidad de las apariencias y el arribismo. Aquí tenemos un Antonio Badajo de Roldán en cada esquina.

Me sedujo el desopilante humor del libro y me prometí leer más cosas tuyas, pues lo que nos seguía llegando de España, con señaladísimas excepciones, era, aún, el relamido humor que el régimen permitía, tan ñoño, hay que admitirlo, frente al humor negro, desaforado, esperpéntico y hasta cruel de Hispanoamérica.

Vino entonces el mayo francés de 1968, con esa marea de inconformidad que, océano de por medio, impregnaba todas las iniciativas y ensueños de nuestra confusa juventud, queriendo cambiarlo todo para que todo siguiera igual según la clarividente *boutade* del príncipe Salina en *El gatopardo* de Giuseppe Tomasi de Lampedusa. Dos años después salí de Colombia para un exilio voluntario que ahora, cuarenta y seis años después ( es arriesgado desenraizar un árbol que ya una vez fue trasplantado ), me parece definitivo.

Viví tres años en París. En cierta ocasión, en el restaurante universitario de Port Royal, vi haciendo cola para comer a un chico que llevaba bajo el brazo, mientras maniobraba con la bandeja de la comida, *Los que nunca opinan*. Fui a sentarme a la misma mesa que él, me presenté y le pregunté por el libro. Era un estudiante de antropología, valenciano como Candel ( lo que explicaba su interés por el libro ), llamado, si mal no recuerdo, Anselmo Arredondo. Este libro –me explicó- se acerca bastante a un buen trabajo de campo, pero sin las

acotaciones superficiales y subjetivas que, desgraciadamente, suelen hacer la mayor parte de los antropólogos jóvenes, infectados por el estructuralismo. Aquí los hechos se imponen por sí mismos. Curioso porque, según tengo entendido, es el trabajo de un novelista que para mi vergüenza, siendo yo

también valenciano, no conocía. Traducido a otro lenguaje, el lenguaje político, por ejemplo, lo que el libro demuestra se puede resumir en una sola frase: la cuerda se rompe siempre por lo más delgado. A mí –vino a resumir- me ha servido más que las parrafadas conceptuales de algunos libros de texto.

En la segunda mitad de los setenta fui a trabajar cada año, durante el verano, en Estocolmo. En el verano del setenta y cinco yo estaba obsesionado por leer *Persona non grata* del escritor chileno Jorge Edwards. El libro había aparecido en 1973, pero a mí, que por aquel entonces cursaba mis estudios universitarios en Moscú, no me había sido posible conseguir, pese a mis buenos contactos, ni siquiera alguna de las versiones en inglés, francés e italiano que ya circulaban libremente por Europa Occidental. Era uno de los efectos colaterales de la omnipresente censura soviética.

Se trata, pues sigue siendo un clásico en su género, de una de las radiografías más lúcidas, valientes, circunstanciadas y turbadoras de la servidumbre que el totalitarismo ( en este caso el cubano ) impone a la libertad de expresión y, específicamente, a los intelectuales. Edwards era agregado de negocios de Chile en La Habana durante el gobierno de Salvador Allende, lo que garantiza que sus informaciones son de primera mano.

Alguien me sugirió que probara en la librería Staffars Serier ( entonces la literatura en lengua española no estaba aún de moda ), donde, con suerte, podría encontrarlo. Y así fue. Pero la sorpresa fue que, en medio de una docena de autores ( Azorín, Unamuno, Machado, Gabriel Miró, Clarín, Pérez Galdós ), encontré *Échate un pulso, Hemingway* de Candel. Devoré los dos libros, alternándolos, mientras el verano, a pesar de ser más suave en los países del norte, animaba de las maneras más exóticas la vida estrictamente pautada de los suecos.

El libro de Candel me sorprendió, primero, por su modernidad. Como suele decirse, Candel se había soltado el pelo para escribirlo, oponiendo ( el título del libro parece sugerirlo de algún modo ) al estilo escueto, templado y lapidario de Hemingway, una variedad de registros narrativos donde lo real no se pierde nunca de vista. En el carácter abierto de la obra descubrí incluso registros vanguardistas inusuales en la narrativa tradicional española que conocía, como, por ejemplo, en la narración experimental *Un hombre va*. Encontré el libro saludable, socarrón, irónico, humorístico y tremendamente vital, lo que me hizo recordar las palabras de Zapata Olivella, ocho años atrás.

A comienzos de los noventa, ya en España, me mudé a la calle Minería, justo en la parte de atrás del edificio de La Campana. Aunque viví diez años en la calle Constitución, entre Olzinelles y Jocs Florals, nunca me había interesado por el mundo que se extiende más allá de la Gran Via, *Donde la ciudad cambia*

*Su nombre*, para decirlo con un de los títulos más candelianos. Como siempre he sido un asiduo visitante de las bibliotecas públicas, supe pronto que en el

barrio había una, precisamente llamada Francesc Candel, sita, entonces, en el parque Can Sabaté. Igual que en otras ocasiones en mi vida, reparé en la confluencia de sincronicidades que, hasta aquel momento, tenían como *point de repère* la obra de Francesc Candel. En otras palabras, la sincronicidad se resolvió en simetría. Pero si bien la sincronicidad ( Jung *dixit* ) es simultánea, no por diferida deja de macerar en nuestro tiempo interior los suplementos de sentido que sus epifanías propician. Para mí ese arco de sincronicidades, o, si se quiere, ese fractal ( tomando en sentido metafórico a Mandelbrot ) se había extendido desde Bogotá a Barcelona, pasando por Estocolmo y París, enlazando cuatro momentos de mi acercamiento a la obra de Candel. Esos cuatro momentos sincrónicos estaban separados en el tiempo y el espacio, pero coexistían en torno a un núcleo tan definitorio como aleccionador en punto a mis intereses por el oficio de la escritura.

Me explico. En Candel se da una inteligencia del detalle, que firmaría un forense, para notariar momentos decisivos que, encastrados en anécdotas de genuino sabor popular, conforman una trama. Pero lo importante es que omite el discurso subsiguiente, edificante y moralizador, rehúye la coda sociológica o política que, en un buen narrador como él, echaría a perder la eficacia emotiva de su estilo, como puede comprobarse en esa espléndida narración *El tío Serralto, de cómo murió*, incluida en *Donde la ciudad cambia su nombre*. O sea la aplicación, personalísima, de la teoría de Hemingway, según la cual una narración debe estar sustentada en la parte que el escritor omite, es decir, la famosa punta del *iceberg* que tan pocos escritores consiguen respetar. Por lo demás esa estructura funciona admirablemente por estar al servicio de un estilo propio, fresco, desenfadado, suelto y, al mismo tiempo, vigoroso, que constituye por sí mismo una celebración constante de la vida. Es útil subrayar que, como fundamento de esa estructura, empleaba el *free indirect speech* o estilo indirecto libre con una soltura soberana, dejándole a sus personajes toda su autonomía, sin intromisiones del autor que rebajarían la intensidad de lo narrado. Recuerdo que le gustó mucho una frase que yo me había inventado a este propósito: “ El novelista no necesita ser muy inteligente, le basta con que lo sean sus personajes “.

En todo lo anterior radica, *grosso modo*, la potencia de sus textos narrativos, que luego argumenta y desarrolla en sus trabajos periodísticos, como, por

ejemplo, los artículos agrupados en *Apuntes para una sociología del barrio*, que necesitan una nueva lectura justamente ahora, cuando muchas de las cuestiones que abordan los hacen más incisivos y actuales que nunca. Porque el Candel periodista emplea su tono de narrador para insuflar contemporaneidad en textos que, de otro modo –sujetos por la fugacidad de los hechos a la coyunda de lo inmediato–, correrían la suerte propia de aquellos materiales que el tiempo corroe irremediamente. Es decir, sus textos periodísticos tienen la gran virtud de interesar ahora como en el momento en que fueron publicados, lo cual debería servir de ejemplo y estudio en las facultades de periodismo.

A menudo leyéndolo, y a propósito del destino aciago de algunos de sus personajes, no he podido evitar acordarme del turbador interrogante de Cicerón en su primera Catilinaria: “ ¿ Quae nota turpitudinis domesticae non inusta est vitae tuae ? “ ( ¿ Qué marca de torpeza doméstica no ha sido grabada a fuego en tu vida?). Pero el correlato de esas vidas no es, en cuanto a narratividad, el despliegue consecutivo o no, lineal o no, lógico o no, de las peripecias o anécdotas que las explican o las describen y que convenimos en llamar “ argumento “. El correlato, la piedra de toque para entender y apreciar su obra es, en definitiva, hay que repetirlo una vez más, su tono. Y Candel llegó a destilar ese tono no sólo por la calidez de sus recursos expresivos, sino por elevar la “ altivez de ser “ de sus personajes todos, sus humildes epopeyas, a nivel de fábula: aunque desfavorecidos por la historia y por la suerte, salen siempre engrandecidos por su coraje para enfrentarse a sus muchas pobreza. O sea lo que Nietzsche llamaba “ atmósfera envolvente “ y que Ernesto Sábato en su *España en los diarios de mi vejez*, glosa así: “ Aquello que da encanto a la vida, que la enamora: ilusiones, pasiones, amor, relatos, furias quijotescas, imposibles búsquedas, inalcanzables deseos. Pueden no ser verdaderos pero se vuelven verdaderos en las vidas de quienes tienen el coraje de vivirlos. Paradójicamente, quienes encarnan estas irrealidades son vitalizados por ellas.”

No se puede decir más. Ni mejor.

De inmediato me hice socio de la biblioteca Candel y durante años he sido uno de sus más fieles visitantes. De más está decir que estas bibliotecas de barrio, al revés de las muy grandes, que también me gustan, proporcionan al lector una suerte de protección, un abrigo contra las inclemencias de la vida cotidiana. Se crea allí un clima de intimidad casi familiar, tranquilizador, adictivo, entre el lector y el ambiente que en ellas se respira. Y no tardé en apasionarme por la vida del barrio. Para decirlo de forma más expedita: puedo pasar meses sin sentir la necesidad de salir del barrio.

Un día, paseando con un amigo por el Paseo de Zona Franca, aquél me dijo: ¿Has leído a Candel ?. Y sin darme tiempo a contestar: Ahí lo tienes,

señalándome a un hombre delgado, entrado en años, de gafas y pelo blanco muy cuidado, que venía en sentido contrario al nuestro conversando con una mujer, Joana, que más tarde supe que era su compañera de sus últimos años. Lo que me llamó y llamaría siempre mi atención en ese momento y después, cuando llegué a conocerlo, fue su naturalidad. También advertí, incluso antes de tratarlo, que sus gestos y su expresión revelaban una calma interior admirable que he encontrado muy pocas veces en otras personas. Siempre lo vi vestido de modo casual, frágil, extremadamente pulcro, con el toque distintivo del pañuelo de seda al cuello, como, creo yo, suelen ir los que han pasado por grandes pruebas y evitan así, con cualquier señal de distinción, caer en la autoindulgencia.

Dije a mi amigo aquel día, Te contaré la historia en otro momento, y, acercándome a Candel, me presenté, recordándole a Manuel Zapata Olivella. Candel dijo: ¿ El doctor Zapata? ¿ Qué es de su vida ? Hace muchos años que no sé nada de él.

Ahí se cerró, limpiamente, el arco de la sincronidad, que, ahora, al conocer personalmente al escritor, se reabsorbía en mí con la complejidad que tiene toda obra de creación cuando conocemos a su artífice.

Volvimos a vernos muchas veces. Paseábamos y tomábamos algo y hablábamos bastante, casi siempre de literatura. En cierta ocasión, a propósito de un ensayo que yo había escrito sobre el novelista y poeta italiano Cesare Pavese, hablamos sobre el realismo en el que se pretendía encasillarlo sin discernir a qué clase de realismo se referían; obra, más bien, de gacetilleros de ocasión que de críticos responsables. El realismo que yo practico –me dijo- ( y puso todo el énfasis en el verbo *ver* ), es aquel de *ver después de haber visto*. Que es lo que recomendaba Gertrude Stein al narrador, al novelista, y que tan bien aprendió a hacer Hemingway. O sea, ver de forma recurrente, penetrando en la masa informe de lo que vemos a primera vista. Recuerdo una frase que resume muy bien lo que yo pienso de este asunto. En una entrevista García Márquez dice: “ uno no puede inventar o imaginar lo que de da la gana, porque corre el riesgo de decir mentiras, y las mentiras son más graves en la literatura que en la vida real “.

Era un lector voraz y entre las obras de otros escritores había algunas que acudían a su memoria a menudo y que, por un fenómeno de refracción, confirmaban el acierto de mis propios gustos. Ése fue el caso de esa extraordinaria narración que es *Una rosa para Emily* de Faulkner. Otro fue *Un canario como regalo* de Hemingway. O *Ethan Frome* de Edith Wharton. O *La muerte de Iván Ilich* de León Tolstói. Cierta mañana en que habíamos quedado en vernos, entramos a tomar algo en la *Granja Roca*, en Mare de Déu de Port, a la entrada de Can Sabaté. Yo le había llevado para traducirle oralmente del inglés, la famosa entrevista con Faulkner de la primera serie de *The Paris*

*Review*, considerada hoy antológica. De esta le gustó especialmente una frase que me hizo le relejera. “ Si yo reencarnara, sabe usted, me gustaría volver a vivir como un buitre. Nadie lo odia, ni lo envidia, ni lo quiere, ni lo necesita, Nadie se mete con él, no está nunca en peligro y puede comer cualquier cosa”. También le traduje las de Hemingway, igual de provocativa que la de Faulkner, y la de Lawrence Durrell. De ésta me hizo repetir la respuesta del autor de *El cuarteto de Alejandría* a la pregunta del entrevistador de si su prosa, que parece tan elaborada a primera vista, le salía así espontáneamente. A lo que Durrell respondió: “ Siempre pienso que estoy escribiendo de más “ Candel comentó escuetamente: “ Y tanto “.

Estos escritores –me dijo- tuvieron la suerte de ser entrevistados por gente que conoce bien su obra. Eso se nota. Por lo general los entrevistadores hacen una y otra vez las mismas preguntas. Uno piensa para sus adentros que lo que les interesa es ver su nombre emparejado con el del autor al que entrevistan.

Otro rasgo de su personalidad que me impresionó fue su generosidad. Nunca le oí ninguna de esas descalificaciones rencorosas ( del tipo vitriólico de Nabokov, Gore Vidal o, en España, Francisco Umbral ) con que muchos escritores suelen construir su autobiografía: *audi álteram parte*, parecía ser su lema. Lo más fuerte que le oí decir a propósito de uno de sus colegas, por cierto bastante renombrado, fue: “ La verdad es que me deja indiferente “. A lo sumo, esa equiponderancia de sus filias literarias adquiría, con una pizca de ironía críptica, la intensidad, siempre fértil, de un acertijo. Lo sé porque al mencionarle a algunos de mis escritores preferidos ( Rabelais ,Quevedo, Lowry, Broch, Gadda, Djuna Barnes, Lezama Lima, Carpentier, Lawrence Durrell y Guimaraes Rosa, entre otros, todos barrocos ) observó que el buen vino no importa el envase en que se sirva, aunque – añadió- preferimos paladearlo en una buena copa de cristal que en vaso de plástico. Aquel día, al despedirnos, le recomendé leer *Los mandarines, Historia del Bosque de los Letrados*, escrita por Wu Jingzi, un novelista chino del siglo XVIII. La edición que yo manejaba había sido publicada por Seix Barral en 1991 y, que yo sepa, nunca se ha reimprimido. Le recomendé el libro, lo recuerdo bien, porque me parece que ilustra de manera irreprochable lo que acababa de decirme.

Le pregunté en otra ocasión qué pensaba de la *panne d’inspiration*, o sea lo que vulgarmente se conoce como bloqueo o dique seco del escritor. Y recuerdo haberle comentado algunos casos célebres ( como el de Aldous Huxley , que admitía, asociado indirectamente a dicho síndrome, su dificultad para crear argumentos o inventar situaciones. ) Paseábamos ese día por el parque Can Farrero. La respuesta que me dió aún me sigue intrigando, porque nunca tuve la oportunidad de pedirle que me la explicara más ampliamente. A veces – me dijo- , leyendo a algunos escritores que admiro, por ejemplo el mismo Huxley, o a Borges o a Monterroso, tengo la sensación de que han levantado sus mundos narrativos convirtiendo conceptos en anécdotas, lo que les asegura, en

todo momento, un recurso espléndido si es que alguna vez se han sentido amenazados por momentos de esterilidad. Entonces, alguien que lo conocía se acercó a saludarlo y la magia se rompió. Había sucedido lo mismo otras veces y no pude menos que deplorarlo.

Pero la respuesta inherente a esa conjetura suya, he pensado después, está en el conjunto de su obra: los argumentos y situaciones que explora siguen ahí, arduos, quemantes, convincentes, espinosos, incontestables, que es uno de los mejores elogios que se puede hacer de un escritor de " ficción".

Asuntos laborales inaplazables me mantuvieron alejado durante años de él y de la vida del barrio. Volví a verlo, un día, de pasada ( ambos teníamos prisa ), en la calle Mare de Déu de Port. Intercambiamos algunas frases y, al despedirnos, me dijo: -A ver si nos vemos un día de estos y hablamos de Wu Jingzi y *Los mandarines*. Me lo leí de un tirón. Todo un descubrimiento!

No tuve la suerte de volverlo a ver. Murió.